Por Vicente Luis Mora

CERVANTES COMO PAISAJE

Recuerdo el Quijote *como una de las épocas más felices de mi vida.*
STENDHAL, *Dietarios*

Las relaciones personales que de verdad cuentan en una vida son aquellas que puedes dividir en épocas, porque han afectado de distinta manera a todos tus períodos vitales. Tenemos, de niños, una relación muy característica con nuestra madre, por ejemplo, pero esa unión se vuelve muy diferente en la adolescencia y ninguna de las dos coincide con el vínculo que tenemos, ya de adultos, con ella. No es que haya tres madres, pero sí existen al menos tres tú en lo tocante a lo materno.

Cervantes no fue mi padre, creo, ni mi madre, pero debe haber sido importante para mí, porque a veces periodizo mi existencia a través de mis sucesivas relaciones con él. En el principio, Cervantes suele ser para todos los niños –me refiero a los niños hispanohablantes– lo escolar, lo cultural, lo idiomático y lo español, si eres español. Cuando comienzas tus estudios en el colegio no ves a Cervantes porque es parte del decorado: en mi niñez el alcalaíno posaba en las portadas de los libros de texto de literatura, languidecía colgado en los posters y carteles de las clases, era lectura y materia obligatoria, se convertía en la forma misma de la tradición y, además, era la corporeización o encarnación cultural de la «raza» hispánica. Se nos inculcaban los valores del *Quijote*: camaradería, idealismo, valentía, voluntad, no sé si decir también castidad y amor platónico, cuando tocaba aprenderlo en un colegio de curas. Como tuve muchos colegios de niño, por nomadismos familiares, no recuerdo bien el tratamiento particular en cada

centro; lo que sí recuerdo es el mínimo común denominador de todos ellos: Cervantes era dios y Don Quijote su profeta. Era una verdad indiscutible e innegociable, lo manchego –sinécdoque o metonimia de lo cervantino– aliñaba todas las salsas. Una de las primeras cosas que leí –no recuerdo qué años tendría– fue una versión ilustrada o cómic del *Quijote*. En ese mismo formato textovisual también accedí por primera vez a *Moby Dick*, *Grandes esperanzas* y otros grandes libros, cuyos personajes me entraron de forma viva e inextinguible por los ojos. Además, con nueve años, en 1979, devoré, como todo el mundo –no había más que dos cadenas por entonces– la notable adaptación animada de *Don Quijote de la Mancha* creada para TVE –así se llamaba aún–, que prepararon Cruz Delgado y José Romagosa, cuya banda sonora todavía me sé de memoria y puedo –no me obliguen– cantar de corrido. Cervantes entraba por el oído, por la vista, por el tacto de los libros, por el gusto del queso manchego, por el olfato del romero y el tomillo en los paseos por Sierra Morena organizados por el colegio. Los profesores nos guiaban cuesta arriba y nos decían a gritos «por aquí pasaron don Quijote y Sancho, con Rocinante y el Rucio, chicos: no lo olvidéis». Hablaban de ellos como personas reales, como si sus andanzas fueran hechos históricos, y lo hacían de una forma tan sincera y entregada que, a nuestros ojos, escudero y paladín se volvían de carne y hueso.

Cervantes estaba por doquier, incluso en las facetas más insospechadas de la vida. Dos de los amigos que tuve en localidades distintas estudiaron en dos colegios Cervantes diferentes; las primeras fiestas adolescentes a las que acudí, muy nervioso e inseguro, se organizaban en el Colegio Cervantes de Córdoba –*ergo* ir al Cervantes era ir a la aventura–, y así todo. Sus libros estaban en las estanterías de la casa. Su imagen al óleo en los periódicos. Sus citas en artículos periodísticos o en tertulias televisivas. No veía a Cervantes, porque Cervantes era el paisaje. Leía el *Quijote* en el colegio y a veces fuera de él, recorría algunos capítulos, saltándome las novelas intercaladas, costumbre que a veces he mantenido en alguna de mis relecturas adultas, hasta que aprendí a través de William Rozenblat a entenderlas y ponderar su función estructural en la obra. Luego pasé, en la juventud, a las *Novelas ejemplares*, que me gustaron en aquella época más que la inmensa novela cervantina, y fue así como «El licenciado Vidriera» pasó a ser parte de mis entrañas, como «La biblioteca de Babel», *La isla del tesoro*, «Un descenso al Maelström», *Tarás Bulba*, *El forastero misterioso* de Twain y algunos otros textos que me convirtieron,

por suerte o por fortuna –entendida en sentido quijotesco–, en escritor.

Más tarde, Cervantes pasó a un segundo plano, relegado por otros libros rusos, alemanes, mexicanos, argentinos, estadounidenses, franceses, italianos. De los maravedíes, las pesetas y los doblones pasé a los schillings, los soles, los rublos, los francos y los pfennigs. Sólo volví a leer el *Quijote* una vez en quince años –aunque volví varias veces a Rinconete, Cortadillo, la ilustre fregona y compañía–. Me pareció, y creo que fue una buena elección, que debía «emanciparme» de mi formación escolar y huir del tradicionalismo patrio, en el que pronto advertí una propensión a la autocomplacencia –sobre todo en algunos libros de texto– y al regodeo en ciertos «valores espirituales» de la nación, ante los que mi sentido arácnido –quiero decir mi intuición– saltaba como un resorte. Necesitaba horizontes más anchos que los de la Mancha. Hallé el Gobi, el Sahara, la Pampa, el Death Valley, el mar y Siberia. Otras culturas me ampararon sin alharacas ni mesianismos y aprendí mucho de ellas, postergando el regreso a Cervantes hasta tiempos mejores. Esos tiempos llegaron cuando decidí doctorarme. Ya tenía trabajo, mi padre había fallecido, vivía por mi cuenta y disfrutaba de otra prometedora etapa de mi vida. Cervantes no tardó mucho en adueñarse de ella, como había hecho con la anterior. En Córdoba, los cursos de doctorado estaban por entonces centrados, en un 85%, en Siglo de Oro. Es uno de los puntos fuertes del departamento y casi todos los cursos se centraban en la literatura áurea. Fue una enorme suerte para mí –nunca lo agradeceré bastante– tener que hundir de nuevo la cabeza en textos clásicos, en Pincianos y Chacones, en reproducciones facsimilares, en la poesía de Góngora –tan irritante a veces para un cordobés, pero esta historia edípica la cuento otro día– y, sobre todo, en un curso de doctorado específico sobre el *Quijote*, impartido por Ángel Estévez Molinero, de quien imité la costumbre de leerme al menos una de las partes del *Quijote* cada año –en 2016 me toca la Primera de nuevo–. Aquel acercamiento al *Quijote*, realizado ya no sólo por gusto lector, como había sido hasta entonces, sino desde una honda perspectiva filológica, me amplió las miras y me ayudó a comprender las increíbles dimensiones de una obra que yo había disfrutado sólo desde el patio de butacas de la lectura. Ahora, más allá de las bambalinas, apostado en las tramoyas, subido a las diablas, contemplando la representación desde el centro, la novela cervantina era toda una sinfonía de trucos, efectos, desplazamientos autoriales, juegos de

estructura, recurrencias y simetrías que me dejaban estupefacto. Gracias a los estudios de los filólogos e hispanistas iba tirando de un hilo inacabable del que no dejaba de salir complejidad y ambición narrativa. De mi deslumbramiento surgió un texto que este año he vuelto a publicar, «El *Quijote* de Cervantes como plagio de *Si una noche de invierno un viajero*, de Italo Calvino», un ensayo-ficción cuya parte de broma posmoderna me permite ahondar en la endiablada complejidad autorial del *Quijote* y sus variadísimos modelos de representación y dicción elocutoria. Recorrí todas las telas y entretelas de la obra y armé sus voces; también, casi al final del texto, se recoge parte del inmenso numeral de autores que ha «jugado» con el texto cervantino, incesantemente y desde diversas culturas y literaturas, demostrando el poder canónico y medular que tiene para la cultura moderna, posmoderna y pangeica la obra quijotesca. Releer la novela de Cervantes con ojos teóricos no sólo no fue ningún problema para apreciar su lectura, sino todo lo contrario: desde entonces la disfruto el doble, como quien desciende el Nilo gozando a la vez del cauce del río y del inmenso paisaje en derredor. Su riqueza se agranda cuando conoces sus secretos.

En la tercera parte de mi vida, la actual, Cervantes volvió a entrar de varias formas; para empezar, comencé a trabajar en el Instituto Cervantes, que algo tiene que ver con el escritor. Durante siete años, hice gestión cultural en dos continentes distintos bajo su amparo, con el objetivo de difundir su legado junto a toda la restante cultura hispánica; hace ya tres años que dejé el Instituto pero, en cierto modo, siempre seguirá conmigo. Desde otro punto de vista, Cervantes estuvo también presente: el trabajo lector y teórico sobre el Quijote que comencé en mis cursos de doctorado ya no me abandonó, de modo que seguí leyendo e investigando. Me acerqué al resto de la obra cervantina, sobre todo a su poesía, que había minusvalorado, como él («yo que tanto me afano y me desvelo / por parecer que tengo de poeta / los dones que no quiso darme el cielo»), y, como él, injustamente. Y seguía revisando las *Novelas ejemplares*, ahora también desde una perspectiva más técnica.

Todo ello coincidió con la escritura de mi novela *Alba Cromm* (2010), que acusó todos estos trabajos cervantinos, como no podía ser de otra forma. Cuando apareció en público, la presenté explícitamente como «novela cervantina», no porque tuviera la más mínima posibilidad de ser relacionada con el *Quijote* por sus bondades literarias, sino porque el estudio del sistema

autorial quijotesco me había dado la vuelta narratológicamente como un guante: entender la grandeza de la construcción del genio había removido mi entendimiento acerca de cómo plantear la estructura de una novela, desplazando las cuestiones teóricas a las creativas. No me planteaba imitarlo, sino tener en cuenta que cualquier acometida estructural de una novela debe partir de un cálculo de estructuras similar: riguroso, previo, complejo y profundo. Aunque finalmente se decida el autor por la forma más simple de contar una historia, esa sencillez debe ser el resultado de un largo y autocrítico proceso de reflexión, no de la ausencia del mismo. De este modo, la lección cervantina me movió directamente a intentar una variación sustancial en el modo de sostener la voz de la novela que me proponía escribir. Si desde siempre he tenido una resistencia natural a utilizar el narrador omnisciente, la panoplia de posibilidades de evitar ese recurso que el *Quijote* pone en marcha, desde el prólogo hasta la figura del traductor infiel, pasando por la técnica del manuscrito encontrado y las numerosas interpolaciones de voces y narradores de historias intercaladas, era un armero de primer orden del que extraer instrumentos y munición de defensa. Utilicé algunos de sus resortes, tomé otros de otros autores y elaboré alguno de cosecha propia, en aras de una complejidad estructural que, sin embargo, no suscitase el rechazo del lector, de cualquier tipo de lector. Creo que lo logré, ya que *Alba Cromm* ha sido leída por escritores y no escritores, por ancianos y jóvenes, sin que su compleja estructura entorpezca la lectura; pero si pude lograrlo no es por talento personal, sino porque Cervantes me había dado el modelo en el *Quijote*, esa novela que ha sido, es y seguirá siendo leída por millones de personas en todo el planeta, cualquiera que sea su formación, edad, disposición o formación lectora.

Muchas veces he reflexionado sobre cuál ha sido el secreto de Cervantes para lograr este consenso transfronterizo y atemporal. Al leer sobre él, fui acumulando motivos: el *Quijote* sería para algunos una novela sobre la amistad; para otros, un hondo tratado sobre la potencia del lenguaje para diluir las fronteras entre la realidad y la ficción, y para otros una reflexión sobre el poder. El teórico Manuel Asensi se planteaba en *Literatura y filosofía* (1996) si Cervantes no sería aristotélico, y no platónico, pues casi todo en su obra ocurre por causas exteriores. José-Carlos Mainer escribe en *La escritura desatada* (2000): «¿No se ha reparado que, en gran medida, el tema –casi fundamental– de la obra cervantina es una reflexión polifónica a propósito de los lenguajes

convenientes?». Para Harold Bloom, «en una ocasión dije que Shakespeare nos enseña a hablar con nosotros mismos, pero Cervantes nos enseña a hablar entre unos y otros. Aunque uno y otro construyen realidades capaces de darnos cabida a todos, Hamlet es, en definitiva, un individuo indiferente hacia sí mismo y hacia los demás, mientras que el hidalgo español es un hombre que se preocupa por sí mismo, por Sancho y por quienes necesitan ayuda». Como se ve, cada cual proyecta sobre el texto cervantino sus propias obsesiones, lo cual es un triunfo en sí, porque no hay hombre que no vea en el *Quijote* un espejo donde mirarse. Pero hay algo más. Carmen Martín Gaite daba, en un ensayo titulado «La búsqueda de interlocutor» (1966), otra razón de no menor peso: «A través de las páginas de algunos libros inmortales (piénsese por ejemplo en Don Quijote, el alcance de cuyo testimonio social nadie creo que se atreva a poner en duda), el regodeo y goce de quien lo escribió es palpable, llega a darnos envidia». En efecto, quizá ese goce de leer un goce puede ser una de las causas de la difusión universal del *Quijote*, un acto de voyerismo literario. En ese sentido, el *Quijote* es pornográfico, pues al leerlo nos deleitamos con el deleite ajeno; no sólo con el disfrute de Cervantes al escribirlo, patente al elaborar sus guiños –como los académicos de Argamasilla–, también con las fruiciones y gustos –y gustazos– de generaciones de lectores sobre el mismo texto. Leer el *Quijote*, tantos siglos después, es hacer sexo en grupo, participar en la mayor orgía lectora de la Historia.

A lo largo de estos años, he tomado parte en proyectos editoriales sobre Cervantes y en un proyecto artístico del grupo malagueño Los Interventores sobre Cervantes; he escrito algún texto con intertextos de Cervantes; he trabajado en el Instituto Cervantes; he construido una novela gracias a los trucos y añagazas estructurales de Cervantes; he leído, durante toda mi vida y de distintas formas, a Cervantes; mi existencia está, sin más, atravesada por él. Cervantes es el paisaje en el que vivo. Quizá por eso, porque siempre ha estado conmigo, esa existencia a día de hoy sigue siendo apasionante.